

A. ELORZA

destacan dos planos en los que la ventaja del segundo es clara. Ante todo, se echa en falta en las páginas de Carrillo un análisis del funcionamiento del capitalismo monopolista de Estado en la formación social española, comparable al que utilizan los teóricos franceses.

Cierto que no han sido las mismas las posibilidades de trabajo de los intelectuales marxistas en Francia y en la España de los setenta, pero el desfase observable constituye en sí mismo una invitación a seguir los caminos de los partidos comunistas de Francia e Italia en cuanto a la institucionalización de centros de estudio e investigación que habrán de servir de base a las construcciones teóricas. En un segundo plano, puede observarse en el discurso de Carrillo un aire de prudencia, propio de quien está situado aún sobre el filo de la navaja. Faltan los desarrollos en profundidad a que, ante la proximidad del poder, se lanzan sus correligionarios franceses. Incluso es más cautelosa la descripción de los antecedentes históricos del "eurocomunismo".

No obstante, y por encima de esta distancia, motivada por la disparidad de condiciones, hay que destacar la convergencia entre ambas líneas argumentales. Tanto para los teóricos franceses como para Carrillo, el "eurocomunismo" se asienta en una revisión de la trayectoria comunista desde los años treinta, y, en definitiva, del funcionamiento concreto de las "dictaduras del proletariado" vigentes; busca un modelo de transformación válido para las condiciones de la Europa occidental industrializada y, a fin de cuentas, aboca a la exigencia de desarrollar nuevas formas de democracia que acompañen a la constitución como hegemónicas de las clases trabajadoras.

En "Eurocomunismo" y Estado se define, pues, nítidamente una línea política. El contenido de la misma queda, en cambio, algo difuminado. El ensayo de Carrillo se mueve con frecuencia a medio camino entre la construcción teórica abstracta y la reflexión concreta, vinculada a alguno de los aspectos de la vida social y política en nuestro país. Sirva de ejemplo el capítulo sobre "Los aparatos coercitivos de Estado". En su brevedad, las reflexiones que en el mismo se insertan acerca del papel de las Fuerzas Armadas parecen pertinentes y de suma lucidez. Pero se echan de menos desarrollos similares para analizar el problema de la burocracia, por no hablar de los medios de comunicación de masas. Es cierto

que un problema central consiste en lograr que la ideología burguesa pierda la hegemonía en los aparatos ideológicos del Estado. Pero no estaría de más una referencia más amplia a la situación de los mismos en la España actual y a las perspectivas concretas de actuación en este ámbito del Partido Comunista. El discurso tiende en esos momentos a situarse en un nivel de generalización difícilmente traducible a un conjunto coherente de proposiciones relativas a la práctica.

La orientación final queda, en todo caso, perfilada. Se trata de escapar a la reproducción del modelo soviético y al proyecto socialdemócrata de gestión progresiva del sistema capitalista. "Por otro lado, no puede haber ninguna confusión entre eurocomunismo y socialdemocracia en el terreno ideológico —advierte Carrillo—, al menos con la socialdemocracia tal como se ha definido hasta aquí. Lo que se denomina vulgarmente "eurocomunismo" se propone transformar la sociedad capitalista, no administrarla; elaborar una alternativa socialista al sistema del capital monopolista de Estado, no integrarse en éste y ser una de sus variantes de gobierno. Es decir, se propone desarrollar el proceso revolucionario mundial, que hoy es una necesidad social objetiva para salir del impasse al que la Humanidad es conducida por el modelo capitalista.

El esquema de Carrillo integra satisfactoriamente la justificación del sufragio universal en la democracia política, así como de las llamadas libertades formales o del papel hegemónico a que han de aspirar "las fuerzas del trabajo y de la cultura", bosquejando el entramado en que deben insertarse los proyectos concretos, de acuerdo con la composición del arco de alianzas en torno a la clase obrera, para desembocar en la cuestión relativa a las formas de democracia de base a insertar en el proyecto de superación del capitalismo.

Queremos decir con lo anterior que en "Eurocomunismo" y Estado se establecen los supuestos generales de la actuación comunista en el marco de la democratización en curso del Estado español. Pero dentro de esas coordenadas generales esperan aún un desarrollo —como el propio Carrillo advirtiera en sus palabras del Eurobuilding— los análisis relativos a la base económica, a las relaciones de clase, al conjunto de transformaciones a introducir en el aparato de Estado, para que dicho proyecto "eurocomunista" de transición al socialismo resulte operativo. ■

## La Capilla Sixtina

### LOS ANSONES ATACAN DE NUEVO

**D**E nuevo, estos valientes hermanos merecen mi atención porque en el plazo de pocas horas demostraron lo mucho que se puede hacer con la herramienta televisiva para Watergates en nuestras vidas y hogares: en el de usted, señora; en el de usted, caballero; en el de vosotros, niños y niñas, abuelitos y abuelitas. Rafael Anson, director general de TVE, metió en nuestra casa a los fontaneros watergatescos el día en que se sacó del sombrero de copa a Leopoldo Calvo-Sotelo para cerrar el ciclo de personalidades políticas entrevistadas por Eduardo Sotillos. En toda campaña electoral, el que habla último habla dos veces, y si el que habla último pertenece al partido del Gobierno, habla muchas veces más, porque el Gobierno es tan criticado como asumido por la preconciencia electoral.

Muy bien. Es evidente la responsabilidad de Rafael Anson en el juego de manos y de imágenes que nos trajo a Calvo-Sotelo como el arcángel San Miguel de la apoteosis suarista, pero, ¿por qué me he referido a los Ansones en plural? Pues porque a continuación, en el programa Fiesta se hizo una apología directa, publicitaria, competitiva de una revista de humor recientemente relanzada y editada por un grupo empresarial al que está muy, pero que muy vinculado Luis María Anson.

De vínculos se trata. El tan estrecho y firme que une a los Ansones con la Moncloa se remonta a aquellos tiempos en que eran los Ansones quienes podían hacer favores a quien ahora está en condiciones de devolvérselos. Hay deliciosas e inevitables historias segovianas de por medio, que no vienen a cuento porque pertenecen al ABC de las pruebas políticas de montaña, de alta montaña. No hay nada lo suficientemente excepcional como para que las reglas del juego de un suave nepotismo sean más toleradas que aceptadas, siempre que cumplan el requisito de no pasarse. Pero es que estos Ansones pisan con lentitud y seguridad haya o no pie debajo y a veces se pasan.

¿Dos desmadres con pocas horas de diferencia son demasiados desmadres? Sobre desmadres no hay nada escrito, y mucho menos en la España del transfranquismo, que reserva para el poder parte de las potencias del viejo Gengis Khan y parte de las potencias de la democracia jeffersoniana. De lo cual deduzco que impunes seguirán los Ansones y expuestos todos al capricho derivado de su sensación de prepotencia. No es que pida yo castigo celestial a modo de plagas de Egipto para castigar la osadía de quienes donde no llegan con la mano llegan con las cámaras de Televisión Española. Me limito a dar testimonio de lo que he visto para que los hermanos Anson se enteren de que lo he visto.

Es decir. El viejo y en el fondo inútil prurito de que a uno no le tomen por tonto. ■

SIXTO CAMARA